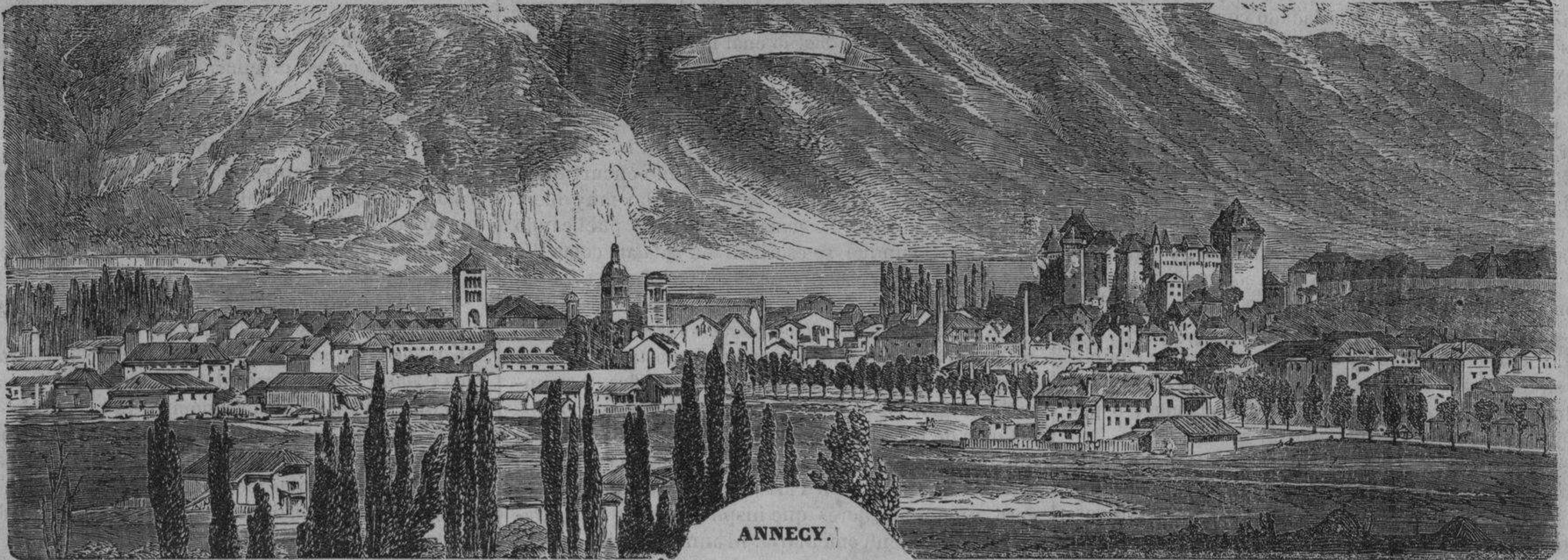


El Periódico ilustrado.



ANNECY.

Número 18.
DEL 6 AL 13 DE JULIO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias. Un año 28 »	» —	Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 » —	Seis meses 50 »	

SUMARIO.—Annecy.—Revista de la semana. por Palacio.—A verancar, por Tornos.—Rápida ojeada sobre la historia de Nápoles y Sicilia, por Benedicto.—Don Penito, por Gabino.—El carricho del duque de Osuna, por Guzman.—La amapola, por Carrier.—Vichy.—Memorias de un loco, por E. Z. y Caballero.—Los marineros, Nueva estación del ferro-carril del Norte, en Paris, y El nuevo rey de Baviera, por Belza.

LÁMINAS: Annecy.—Salon de conciertos en el parque de Vichy.—El regreso de los marineros.—Estacion del ferro-carril del Norte, en Paris.—El Rey de Baviera.

ANNECY.

Antigua capital de los Condes de Ginebra, Annecy era, antes de su anexión a la Francia, cabeza de partido, en que se hallaban comprendidas Ginebra, el Chablais y el Fancignis.

Hoy día es la capital del departamento de la alta Savoya.

Desde la época de 867, en la cual se encuentra el nombre de Annecy en una carta geográfica del emperador Lotario, todo induce á creer que esta pobla-

cion tiene su origen en los tiempos más remotos.

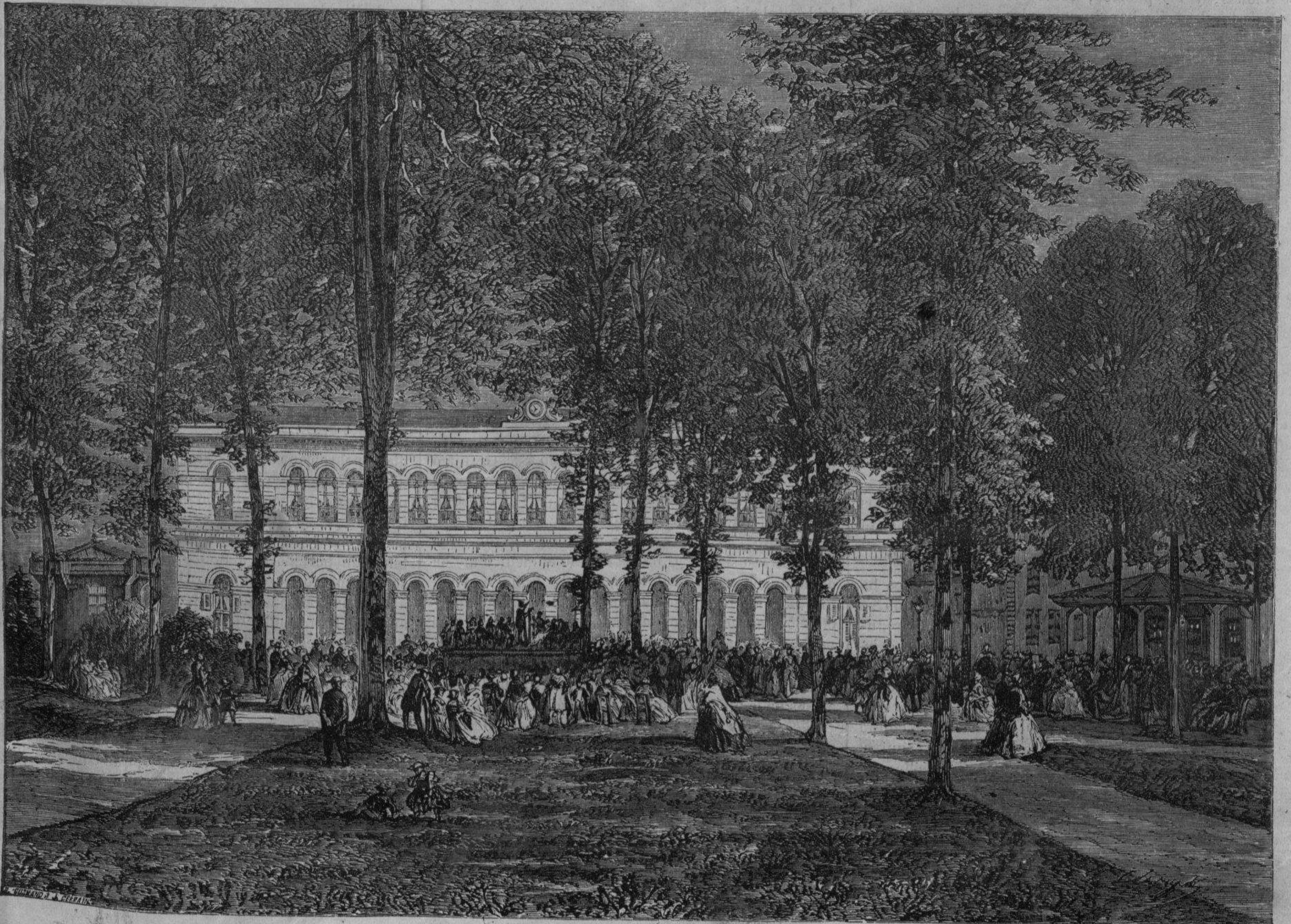
Edificada á orillas del lago cuyo nombre lleva, y cuyas aguas la atraviesan por dos canales que van á desembocar en el Fier, Annecy debe á su situacion ser una importante ciudad industrial y comercial. Su poblacion, hace treinta años, era de 6.000 habitantes, pero hoy, segun el último censo, se calcula en 10.000.

En su centro se encierran monumentos notables dignos de llamar la atencion de los viajeros. Su castillo, desde el cual se disfruta de una magnífica vista, su catedral, construida en el siglo XVI, su preciosa Biblioteca, su casa de monta, etc., son otros tantos sitios que

llaman justamente la atencion, lo mismo que sus fábricas de hilados, de paños, de curtidos y herrerías.

En la iglesia del convento de la Visitacion, reposan las reliquias de San Francisco de Sales y de Juana de Chantal, aquella Santa viuda, que devolvió la fortuna de las religiosas de su convento á sus familias, suplicando únicamente para su mantenimiento, la limosna que se ofrece á los pobres.

Podrian escribirse volúmenes sobre este delicioso pueblo y sus alrededores, pero nosotros tenemos que reducir nuestra relacion á muy estrechos limites, y nos vemos obligados á terminar aqui.



SALON DE CONCIERTOS EN EL PARQUE DE VICHY.

REVISTA DE LA SEMANA.

Empiezo esta revista abrumado bajo el peso de una errata que se deslizó en la anterior, y según la cual la isla de Alboran se ha trasladado como por encanto desde Almería á Alemania. Afortunadamente esto no es verdad. La isla de Alboran sigue colocada en el Mediterráneo, equidistante de ambas costas, la de España por donde el Adra entra en el mar, y la de Africa por el cabo de Tres Forcas, en el mismo sitio en que tuvo la suerte de presenciar, en 1540, el combate naval en que la escuadra española, mandada por D. Bernardino de Mendoza, derrotó á la turca que capitaneaba Ali Amet. Esto es lo cierto del caso; y ojalá fuera tan cierto como esto lo que asegura el doctor Almansa, sobre la existencia de una gran cantidad de guano en dicha isla.

Hecha esta salvedad, y despues de repetir al público aquella frase con que terminan por lo regular los sainetes, *perdonar las faltas nuestras*, sigamos, ó por mejor decir, principiemos nuestra revista.

Se han celebrado el lunes, ante una concurrencia numerosa y con la solemnidad acostumbrada, las exequias fúnebres del insigne poeta Sr. duque de Rivas. La aristocracia y el clero, las letras y las armas, han acudido á honrar la memoria del soldado valiente, del escritor castizo, del noble modesto, que despues de una larga vida consagrada por entero á su patria, ha muerto respetado de todos, aquí donde se respeta tan poco, y donde con dolor sea dicho, queda muy poco respetable.

Buena prueba de esto es el escándalo que presenciaron con disgusto el domingo las personas sensatas que concurren á la Plaza de Toros, y que dió por resultado tener que abandonar su localidad un conocido orador y hombre político, á quien la multitud silbó y ultrajó de lo lindo, echándole en cara sus pasados errores. Adversarios hemos sido siempre de esa persona; públicos son los juicios que de su conducta hemos hecho, pero, francamente, lo de insultar alcaido y aprovecharse de la oportunidad del sitio para hacerlo impunemente, se nos antoja poco generoso, y poco digno del caracter hidalgo de que tanto blasonamos en este país. Hace mucho tiempo venimos notando una inclinacion funesta á esta clase de manifestaciones, y los pueblos; como los individuos, no se acostumbran á gritar sin que se les vaya la fuerza por la boca. Por otra parte, la verdadera justicia ha de ser seria, si trata de imponer á los que juzga reos.

Hace algunas noches tuvimos el gusto de asistir á un ameno concierto, preparado por los célebres violoncelistas Mr. y Mlle. Try, y verificado en el salon pequeño del Conservatorio. Cuanto pudieramos decir del mérito de ambos artistas, sería pálido al lado de la realidad, contentándonos por lo mismo con repetir la exclamacion de un amigo nuestro despues de oírles.

—¡Si todos los que tocan el violon en Madrid, tocaran de ese modo, no viviríamos en tal desconcierto!

Hay además otra razon para que la señorita Try conquiste las simpatías del público. Hasta ahora habíamos visto muchas mujeres que tocan el piano; alguna que otra que toca el arpa y el violín, dos ó tres que tocan campanillas y aun clarinetes, pero el violon nos parecía un instrumento exclusivamente masculino por desgracia. La señorita Try ha venido á demostrarnos que no es así, y á reconciliarnos con su trasto, que en sus manos parece poético, y que nos la representa á veces, cuando la aureola de la inspiracion circunda su frente, como uno de esos ángeles de Rubens, que tocan también el violon, y que nosotros no comprendíamos más que como caprichos de artista. Damos pues el parabien por sus triunfos á la tañedora, cuya modestia y bondad nos consta corren parejas con su talento.

Con la partida de la corte á la Granja, la política ha entrado en un periodo de calma chicha. Lo que no se calma son los malos instintos de la gente, que producen á cada paso nuevos crímenes, y la afición á lo ajeno, que hace á unos horadar las alcantarillas y aparecer en las habitaciones, como el diablo en las comedias de magia; á otros entrar en una tienda y cegar con rapé al dueño, largándose al mismo tiempo con lo que buenamente pillan; y á los de más allá, equivocarse el camino del Banco y llevarse en el bolsillo cantidades inverosímiles, de las cuales de seguro no sabrían que hacerse, como sucede á varios que yo conozco, y que morirán de indigestion de maravadises.

Ya sabrán ustedes que la Academia Española termi-

no la lectura de las novelas presentadas al certámen, entre las cuales no ha habido ninguna que merezca el premio, ni siquiera el accesit, contentándose con hacer mencion honorífica de dos de ellas, á cuyos autores se dará la suma de 5.000 rs. para ayudar á los gastos de impresion. Estas dos novelas se titulan *Alfonso* y *Riquezas del alma*, lo cual me hace creer que la primera será una adulacion, y la segunda un entretenimiento de esos que hoy suelen llamarse filosóficos. Esta pobreza de asuntos indica que ni Fernandez y Gonzalez, ni Escrich, ni Tarrago, ni Mora, ni los que aquí merecen el nombre de novelistas, han concurrido al certámen, en lo cual acaso habrán hecho muy bien.

La verdad es que se gana mucho más publicando periódicos, aunque se escriban en catalan como *Un tros de papier*, en valenciano como *El Paragall*, ó en andaluz como *Los Tiempos*, ya que no obras de estudio como la *Memoria sobre las sociedades corales de España*, en que el Sr. Soriano Fuertes ha demostrado últimamente sus grandes conocimientos musicales, y su entusiasmo por las glorias del país en que vive.

Corre de boca en boca estos días una historia, en la que ha sido al mismo tiempo actor y víctima un joven español que reside en París. Consideraciones de decoro, unidas al interés que inspira siempre la desgracia, nos impiden comentarla, ni aun valiéndonos para ello de lo que sobre el asunto leemos en las Revistas cómicas extranjeras.

Lo que si nos permitiremos apuntar, es la idea de que el ocio y los malos hábitos en que aquí vive gran parte de esa juventud dorada, que debia ser orgullo y ornamento de la nacion, son causa de que se desarrollen en ella pasiones absurdas, vicios repugnantes, y pensamientos bajos y groseros que no deben albergar almas varoniles.

A buen seguro que no se entretendria en escribir cartas de cierto género, ni en pretender amores imposibles el personaje en cuestion, si hubiera nacido pobre, y tuviera que ganarse la vida haciendo versos, ó enjaretando artículos como el presente.

M. DEL PALACIO.

Á VERANEAR.

Hemos llegado á la época del año, en que la moda, esa deidad caprichosa, nos manda ausentarnos de Madrid con el objeto de veranear... Veranear; he aquí una palabra cuya verdadera significacion no es lo que parece; veranear, en su sentido genuino, quiere significar pasar el verano en cualquier parte que sea; pero veranear, considerando esta palabra bajo el punto de vista *social*, significa otra cosa; significa que abandonemos nuestra casa, nuestros amigos y nuestras obligaciones, y que dejando la coronada villa tomemos el tren para Biarritz, San Juan de Luz ó cualquiera otro punto. Y no hay remedio, hay que hacerlo así; ¿qué se diría sino en la *soirée* A ó en la *soirée* R, si la familia X no fuese á veranear? tal vez que estaban *tronados*, y desdichado entre nosotros del hombre que se *truena*, porque un hombre *tronado* es sumamente *cursi*.

Desde el día 1.º de mayo, en todas las reuniones, en todas las visitas, en todas partes no se hace más que una sola pregunta:—¿Dónde vá Vd. este verano?—Al Norte ó *Vichy*; y no falta quien sudando y trasudando conteste medio corrido de vergüenza: al Escorial ó al nuevo Bastan, que son, por decirlo así, la plebe de las expediciones veraniegas.

La moda adelanta en todo; antes era poner una pica en Flandes, el irse á pasar el verano á la Granja ó al Escorial, esto es ya hoy muy antiguo; ¿quién se vá tan cerca, y sobre todo dentro de España? La cuestion es irse al Norte con el objeto de *otoñar* por París; así, que es muy frecuente ver una niña de ojos azules que dice entre suspiros: ¡Oh! este verano el médico me ha dicho que me convienen las aguas de Trillo: vea Vd. que *secancia*, pero mamá tiene pensado que nos marchemos despues á dar una vueltecita por París, y tal vez nos alarguemos á Italia; ¿ha estado Vd. en Italia?—Sí, señora, contesta el interpelado, aunque no sea cierto, con el objeto de no desmerecer ante los ojos azules de la niña rubia.—¿A dónde vá Vd. este verano, replica la niña.—A Zarauz (dice el pollo, por decir algo).—Y cádate, lector, al pobre prójimo comprometido á hacer una viajata, ó precisado á caer en el ridículo ante los ojos de la sociedad en general, y de la niña rubia en particular. Sucede muchas veces, que el prójimo comprometido carece de fondos para subsanar los gastos del viaje, y entonces es de ver, cómo se afa-

na para proporcionarse medios para verificar un viaje que le incomoda ó que le empeña; otros, no determinándose á contraer deudas con este objeto, se arrinconan en Chamberí, no faltando algunos que pasan el día en casa y las tardes en la Virgen del Puerto, dándose á luz allá para setiembre, diciendo á todo el que se encuentran, que han viajado mucho, y que los viajes son muy caros, creencia que indudablemente tienen muy arraigada.

Yo, y eso que no soy viajero, recuerdo un tiempo en que no salian de Madrid más que los enfermos; pero la moda, que entre otras cosas es *generalizadora*, trató y consiguió que saliesen también los sanos. Tal vez con esto adelante la *civilizacion*, porque se aumentan los medios de *produccion*, por la excesiva afluencia del *consumidor*.

¡Cáspita! qué mundo este, dominado por la economía política; nuestros abuelos no la conocian y gastaban 700 millones; nosotros que la conocemos, gastamos 1.700, pero para eso adelanta la *civilizacion*; además que hay un axioma económico que dice: «Lo mismo se produce gastando dinero, que amontonándole peso sobre peso; y luego dirán que una misma causa no produce diferentes efectos.

Pero basta de cuestiones económicas, y volviendo al objeto del presente artículo, y para terminarle, que aunque no largo es ya muy pesado, me permitiré decir dos palabras con aire de sentencia.

En todas las épocas ha habido más ó menos inclinacion á ciertas y determinadas cosas, á ciertas y determinadas instituciones, inclinacion que entre nosotros, por lo vehemente de nuestra imaginacion, raya en manía; varias nos dominan hoy, las principales son:

La manía del caucho, la manía fotográfica, la empleomanía y la manía de veranear.

P. D. Dentro de ocho días me voy de baños.

J. V. DE TORNOS.

RÁPIDA OJEADA

SOBRE LA HISTORIA DE NÁPOLES Y SICILIA.

La cadena de una continua esclavitud, ha pesado sin cesar sobre los hombros de esa parte de Europa que se llama Italia, y esa isla, que como florida ciudadela, avanza hácia el mar, con el nombre de Sicilia. Ciudades más ó ménos ricas siembran el suelo del reino de Nápoles, que reunidas ó aisladas, fueron cabeza ó parte de otras tantas repúblicas.

Roma; aquel imperio colosal que todo lo ambicionaba y conseguía, en cuyo seno hervian confundidas las partículas de todas las civilizaciones con la sangre de todas las razas dominadas ó estinguidas por su espada conquistadora; Roma, decimos, fué la primera que estendiendo su dominio sobre aquellas repúblicas, recogió presto en su manto el usufructo de sus riquezas remitiéndoles en cambio pretores, propetores y prócnsules para que las gobernasen en su nombre, y concediéndoles con sagaz política títulos de honor, que arrebatados por la más leve falta, venian luego como á autorizar la opresion.

Cuando asomaron por entre las nieblas del Norte aquel enjambre de bárbaros, pueblos innumerables y salvajes, que empujados entre sí, se derramaban en terrible inundacion por las vertientes del Occidente, Sicilia y Nápoles cobraron tanto más de su antiguo esplendor, cuanto mayor era la decadencia de Roma, su señora. La ciudad eterna humilló su orgullo á las plantas de Alarico, y entonces el poder que aquella perdía súpulo alcanzar Grecia, aunque en menor escala, y Sicilia y Nápoles dejaron un momento de ser romanas para ser griegas; sacudieron el yugo de oro que arrastraban y se sometieron al cetro de marfil que ahogaba. Un momento hemos dicho que dejaron las repúblicas de pertenecer á Roma para ser de Grecia; un solo momento, porque como á todo el mundo conocido, á ellas también habian de llegar torrentes de aquella ardiente lava, semillero de razas feroces que cubrió la tierra para regenerarla. Como los godos en España, y los galos en Francia, á Nápoles y Sicilia aboraron los lombardos, tribus guerreras, salvajes como sus hermanas, aunque un tanto acondicionadas á la equidad en la barbarie.

El dominio de los lombardos fué rápido, pero general; y de aquel pueblo conquistador, que con la cuchilla se habia lanzado sobre Italia, se alzaron los condes de Amalfi, los duques de Nápoles y los príncipes de Salerno. La primera esclavitud pertenecía á Roma, la segunda á los lombardos.

Los sarracenos, aquella nueva invasión de los pueblos orientales, llegó también á llamar á las puertas de la monarquía lombarda, establecida ó creada, por mejor decir, en las cautivas tierras napolitanas y en los floridos huertos de Sicilia. Acaso el cetro de hierro de los dominadores hubiese caído en pedazos bajo las plantas árabes, si un puñado de hombres, rama del tronco occidental, que daba razas por frutos, no llegara en su auxilio; los normandos, acaudillados por un galo, aparecen como estrella salvadora para los casi vencidos lombardos, y la hueste musulmana huye aterrada ante los escuadrones de Drogon.

Ejemplos repetidos hallamos en las historias, de cuán peligroso es pedir auxilio á los estraños; los lombardos maldijeron pronto del apoyo de sus auxiliares, que encantados del país y su belleza, arrollaron á sus protegidos, y Nápoles y Sicilia dejaron de ser lombardas para ser normandas; los libertadores se habian trocado en dueños.

Aquellas provincias fueron transformadas por sus nuevos señores, en una república aristocrática, muy semejante á la de Polonia; y como esta, buscó un apoyo en el trono imperial mas cercano, esto es, en el de Constantinopla. Desde aquí se desprende ya una larga serie de señores extranjeros, cuyo dominio, aunque convulsivamente repellido en diferentes ocasiones por los naturales, se fortalece más y más, como si la sangre de los mártires fuese elixir de vida para los tiranos.

Cuatro soberanos se habian asentado sucesivamente sobre el estraño sòlio, formado por el valor del aventurero *Guillermo, Brazo de hierro*, cuando en las fronteras alemanas comenzó á rujir aquella tempestad, que un día habia de estremecer los cimientos de la silla aristocrática.

Con la muerte de *Guillermo el Bueno*, la discordia blandió su tea: una nueva raza pugnaba por abrirse camino hasta el trono normando de Sicilia y Nápoles; y Tancredo, elegido de entre los antiguos barones, supo él solo resistir los formidables empujes de Alemania, por entrar á mezclar su sangre en aquella dinastía lombardo-normanda, y solo con su muerte logró el emperador Enrique coronarse con aquel casco de hierro, fundido en los peñascales de Apulla: de esta manera la casa de Suavia entró á poseer un cetro, que por espacio de ciento veinte años estuvo en poder de sus terceros y no más dichosos conquistadores. Un solo año de reinado, valió al emperador Enrique la maldición de todos los pueblos que acababa de adquirir; perjuro y cruel, ensangrentóse en la familia proserita del difunto Tancredo, y presto fué llamado con el significativo apodo de *El Neron de Sicilia*. La muerte atajó tantas infamias, y libró al reino de tan horrendo mónstruo.

El hijo de Enrique, huérfano también de madre, fué encomendado al pontífice Inocencio III, que político sagaz, no tardó en divisar una provechosa alianza que le ofrecía un poderoso reino, y al efecto casó al jóven Federico con Constanza, hija de Alfonso II de Aragon.

El reinado de Federico fué contrariado; á su muerte dejó esparcida la semilla de una guerra cruel. Un hijo legítimo al lado de un bastardo, suceso frecuente en las historias, se hallaron frente á frente en el sòlio de Sicilia; pero Conrado murió conociendo la supremacía que en talento y valor tenia sobre él su hermano, y *Manfredo*, el bastardo, quedó tutor de su sobrino el príncipe Coradin. Entonces es cuando la corona de Nápoles y Sicilia enjendró un nuevo deseo, y el terrible Inocencio IV declaró á los dos reinos por patrimonio de la Santa Sede. Era lo único que faltaba á la monarquía; habia probado el régimen absoluto de los romanos, el bárbaro dominio de los occidentales, y el feudal yugo de Alemania; restábase solo que el poder teocrático estendiere sobre él su báculo señorial, para conocer uno por uno todos aquellos regímenes, en los cuales en vano hubiera suspirado por hallar un soplo de vida y de desahogo. En Roma no habia odiado al poder omnímodo y absoluto del gentilismo; en los lombardos la anarquía de las razas occidentales; en Normandía el yugo feudal de la brutal aristocracia, cuyo principio era la fuerza, y cuya virtud era el valor; y en Alemania al gobierno de un imperio que se alimentaba como el vampiro, de la sangre de todos los pueblos; faltábase probar el poder absoluto del pontificado; tanto más terrible, cuanto se apoyaba en la creencia religiosa afianzada en el espíritu fanático de la época.

La Santa Sede, ya que no para sí, pudo lograr un resquicio para sus intentos, y la casa de Francia, co-

mo antes la de Suavia, avanzó hácia el trono de *Manfredo*. El suplicio del niño Coradin fué el desenlace de tan terrible drama, y Sicilia gimió bajo el yugo francés, cien veces mas oprimida que bajo el mismo cetro romano.

Una hija del desdichado *Manfredo*, habia pasado á ocupar el tálamo y el sòlio de Pedro III el Grande, de aquel rey de Aragon, que al valor de su abuelo Pedro II, unia la política de su padre Jaime el Conquistador. Este fué elegido para redimir á los pueblos de su esclavitud: las Vísperas sicilianas marcaron la más terrible convulsion política obrada en aquel suelo, y probó hasta la evidencia que cuando un pueblo se une y reconcentra, es invencible.

Detrás de la casa de Francia aparece la de Aragon, primera raza extranjera recibida con regocijo por los sicilianos; en la segunda generacion de esta nueva dinastía, es cuando Sicilia se separa de Nápoles; y mientras en aquella se perpetúa la raza aragonesa, en este se estiende una familia creada, por decirlo así, de la general fusion, y en la cual asoma luego la altiva Juana I.

Sujetos aquellos reinos á la corona española, gimen al ser destrozados en contiendas campales por las casas de España y Francia; recuperada al fin por la primera, Italia canta cautiva á los piés de los reyes católicos; mira con admiracion aquel coloso que la llama suya, destello vivo de Carlo-Magno, y de mano en mano llega hasta el último de los austriacos, en que tan rico floron, aunque mutilado, pasa á la casa borbónica, nueva para él y para España, engrandeciéndose con fugaz esplendor durante Carlos III, el cual, como la herencia mas preciosa, la donó á su hijo Fernando IV, fundando así la monarquía menos nacional de todas las dominadoras en aquel país.

Cuando la revolucion estendió sus alas en 1798, Nápoles y Sicilia recibieron su empuje, como toda la Europa: aquel empuje habiale hecho perder su equilibrio truncado; el sacudimiento general de la regeneracion política, necesitaba sentirse en los dos reinos, más tarde ó más temprano.

El cañon de Gaeta, hizo comprender que el espíritu de los pueblos no muere, aun cuando los siglos y las razas se sucedan.

La regeneracion de los reinos comenzó; ningun pueblo aparece con mas brillo en la historia, que el que puede presentar mártires antes que héroes. Dios quiere purificar á los hombres, antes de concederles lo que solo Él puede conceder.

J. T. BENEDICTO.

DON PEPITO.

Voy á consagrar un recuerdo á la memoria de don Pepito, recuerdo que, sin duda, me agradecerán los que, como yo, le han tratado, y quizá le recuerdan todavía. ¡Ah! casi estaba por dejar la pluma, porque desde que no veo á D. Pepito, pareceme que he perdido juventud, imaginacion, estilo, todo; y temo dar perro á mis lectores.

Porque D. Pepito, como todas las grandes figuras, dejan recuerdos indelebiles, vacíos que no se pueden llenar.

Y eso que la figura de D. Pepito era muy pequeña.

Hay tres sitios en Madrid, que forzosamente tengo que ver la mayor parte de las dias, que para mí están llenos de tristes memorias. La fonda del Armiño, que veo casi siempre de paso; el café Suizo y la calle de Alcalá me recuerdan toda la historia de D. Pepito; porque la historia conocida de D. Pepito se reasumia en dicha calle, en dicho café y en la persona de *Farrugia*, dueño de la fonda del Cisne, en los tiempos pasados.

Alejandro, Mahoma, Napoleon, todas esas grandes figuras, necesitaron un mundo para dejar su recuerdo á las edades; D. Pepito, girando en muy pequeña órbita, ha dejado también imperecederas memorias.

Y eso que D. Pepito no era más que un perro.

Un perro, sí; pero ¡qué perro!

Figuraos el perro más pulcro, comedido é inteligente de la creacion, y atendiendo á la reconocida inteligencia de la raza canina, comprendereis que valia más que muchos hombres. Decian de D. Pepito que no le faltaba más que hablar; pero yo, por razones particulares, creo que no hablaba por temor de parecerse al hombre, que tantas veces abusa del don de la palabra.

D. Pepito era un perro dogo, pero sin la frente deprimida y el innoble hocico saliente, que constituye la

especialidad de la raza. D. Pepito, por el contrario, tenia la frente lisa y alta, que revelan bondad é imaginacion, y su hocico presentaba la elegante curvatura del tipo romano. Agregad á esto unos ojos grandes, vivos y muy separados uno de otro, como los de la gacela, y comprendereis la distincion simpática de la fisonomía de D. Pepito.

D. Pepito, para mí, no tenia más que un defecto.

De vez en cuando aparece en Madrid un jóven granadino que produce en mí, y tal vez en algun otro, una incomodidad indefinible. En todas las estaciones, en todos los sitios, á cualquiera hora del día ó de la noche, siempre se presenta tan pulcro, tan atildado, tan *planchado* como si acabase de salir de su pieza de tocador. El aire, el polvo, el barro no se atreven á descomponer ni un cabello de su cabeza, ni á empañar con la más ligera sombra el brillo de su calzado. Esta eterna, fatal é inesplicable limpieza, irrita como todos los privilegios; los aseados le miran con envidia, porque no pueden competir con él, y los no limpios le examinan con esa mirada de odiosa admiracion con que los enanos contemplan al cabo de gastadores. La deslumbrante blancura de su camisa cansa y hiere la vista como un país cubierto de nieve; engendra el fastidio, hermano de la desesperacion; produce el efecto de lo perfecto como los versos de Boileau; recuerda los tres enanos y las tres sublevaciones de las tres primeras novelas de Víctor Hugo, y trae á la memoria la fachada del palacio de Medinaceli, á pesar de la habilidad con que el arquitecto restaurador ha procurado atenuar la monotonía de la línea del friso.

Pues bien; D. Pepito era solo el único rival del susodicho jóven granadino. Sobre su fina y lustrosa piel no aparecía jamás la más pequeña mancha. Tenia el cuerpo de color negro y la pechuga blanca, de modo que se asemejaba á un *dandy* en traje de etiqueta.

Voy á dar una idea de las costumbres de D. Pepito, para mejor inteligencia de aquel animal único.

A las doce del día aparecía D. Pepito en la fonda del Cisne, contigua entonces al café Suizo; allí almorzaba con *Farrugia*, dueño de aquel establecimiento, y despues de enterarse discretamente de las conversaciones entabladas en las mesas de la fonda, se trasladaba al café Suizo, atravesando por el portal de la casa. Tomaba café con alguno de sus numerosos amigos, y acabada esta operacion, con paso grave y reposado bajaba D. Pepito por la calle de Alcalá, por una ú otra acera, segun queria tomar el sol ó gozar de la sombra, y una vez en la esquina de la casa de Alcañices ó en la de enfrente, sentábase arrimado á la pared, y desde allí contemplaba un buen rato el animado panorama del Prado, en actitud reflexiva; porque es de advertir, que D. Pepito, como todos los grandes pensadores, tenia la digestion meditada, aunque desgraciadamente á nadie ha confiado sus pensamientos.

Una hora despues, subia mi héroe por la susodicha calle, al mismo paso principal con que habia bajado. Entrábase en el Suizo, penetraba en el billar, y allí se acomodaba sobre una banqueta, no á dormir, porque conste que nunca se ha visto dormido á D. Pepito, sino á seguir las jugadas del billar con la mirada de la inteligencia.

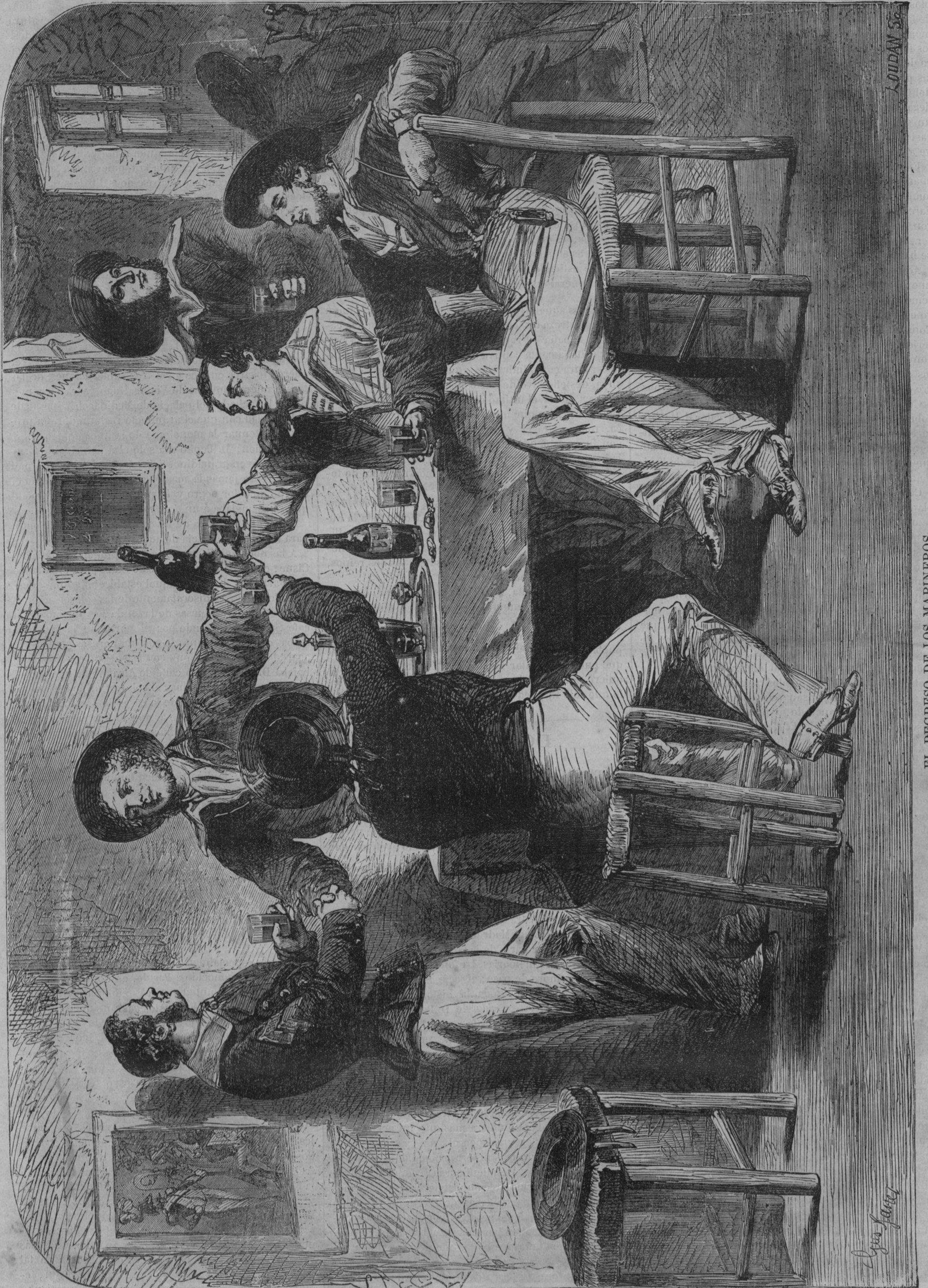
Al anoecer, en todas las estaciones, se trasladaba D. Pepito á la fonda del Cisne, y se agregaba á la mesa de uno, ó mejor dicho, del más predilecto de sus amigos.

¿Quién, especialmente si pertenece á la buena sociedad, no ha conocido á *Perulo*, ese italiano hermoso como una estatua antigua, tan espléndido, tan elegante, tan refinado en sus gustos gastronómicos, y que daba tan sábios consejos á *Farrugia*? Pues bien; D. Pepito preferia la mesa de *Perulo*, no solo porque sabia que era la mejor servida de la fonda, sino porque también hallaba en ella pasto intelectual.

Perulo tenia la digestion poética, y acabada la comida, mientras se fumaba, hasta la mitad, tres ó cuatro vegueros, acompañados de otras tantas tazas de café, el inteligente italiano hablaba de sus viajes, ó se embelaba con las memorias de su patria, con los recuerdos del golfo de Nápoles, en donde se bañan las estrellas y las ondinas, ó describia los alegres bailes de la Margelina, en los que aquellas pescadoras gallardas y morenas, como la esposa del Cantar de los Cantares, hacen sus zapatillas bordadas de lentejuelas.

D. Pepito oía embebido estas atractivas descripciones... Pero D. Pepito no cabe en un artículo, y además la emocion que produce en mí, me abrumba de tal modo, que suspendo mi relato hasta otra ocasion, temiendo hacer una necrología, en vez de un artículo.

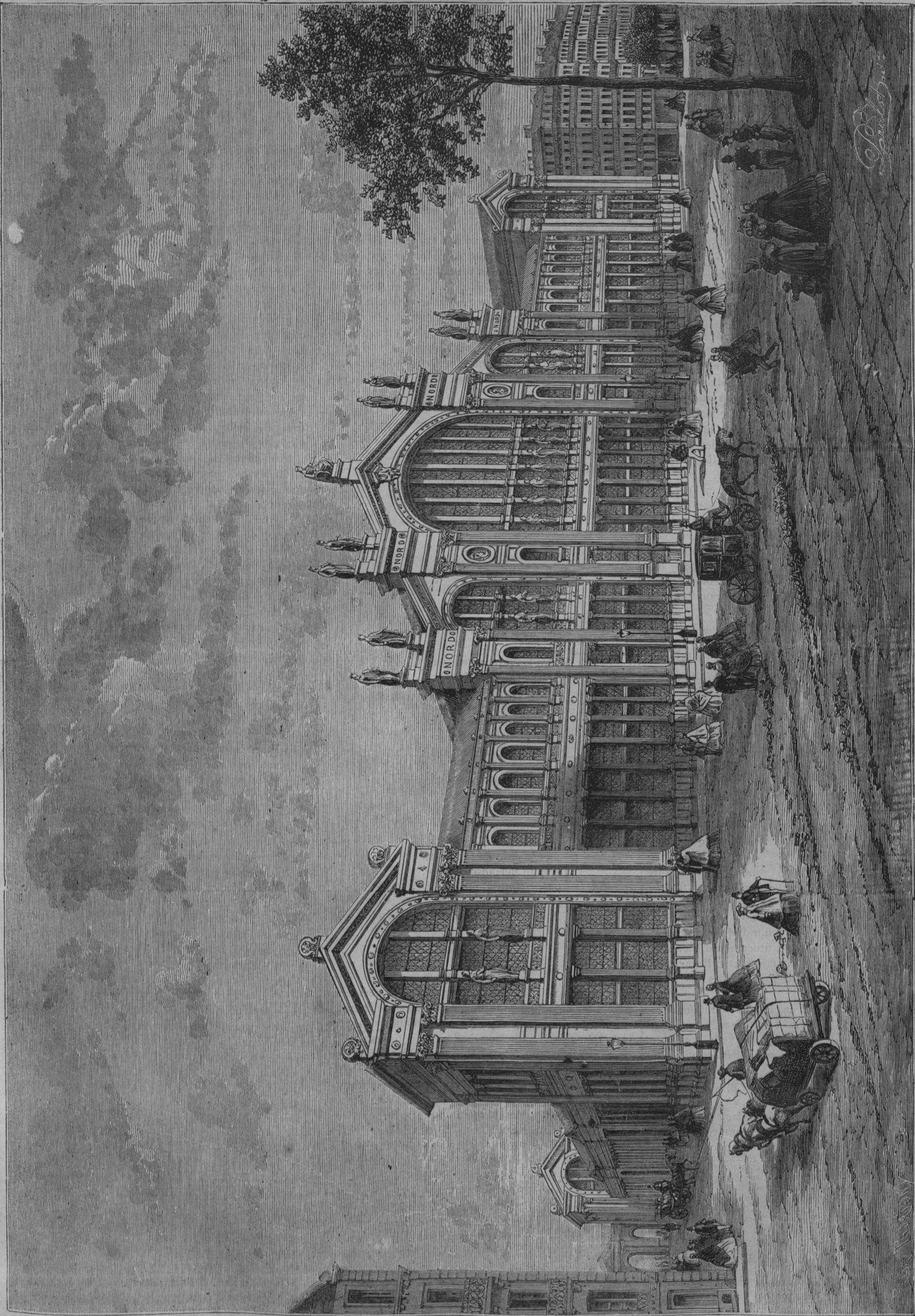
FLORENCIO MORENO GAVINO.



LONDON

EL REGRESO DE LOS MARINEROS.

Alfonso



ESTACION DEL FERRO-CARRIL DEL NORTE, EN PARIS.

«EL CAPRICHU» DEL SEÑOR DUQUE DE OSUNA.

RECUERDOS DE UN DIA DE CAMPO.

A las señoras y señoritas de N.

Tiempo hacia que me preocupaba la resolución de un problema difícilísimo en cuanto toca á mi persona. Y no muy fácil tampoco en cuanto al resto de la humanidad: *pasar un día feliz*. Porque ser feliz veinticuatro horas seguidas es una de las cosas más raras que acontecen en la vida.

Pasa en la historia por el más feliz de los nacidos, aquel Abderrahman III, el Magnífico de Córdoba; y sin embargo, sus historiadores afirman que en el lecho de la muerte hubo de confesar, que no había sido feliz más que catorce días en toda su vida, la cual sin embargo fué bastante dilatada.

Pero dejándome ahora de Abderrahmanes y Córdoba é historiadores que no vienen á cuento, fuerza es decir, cómo yo he sido feliz un día, con el benéfico objeto de que el que guste aprenda el procedimiento y pruebe, á ver si la cuenta le sale, por más que yo crea que como todos no tenemos iguales gustos ni inclinaciones, alguno todavía podía darse por descontento, de lo que yo saliera cumplido y satisfecho.

Supónganse Vds. que yo estuviere enamorado; ¿podría un avaro, un político, un filósofo hallar la ventura en el objeto deseado por mí? Y ya que he hecho esta suposición, afirmo y digo que nadie puede ser más feliz, ni con menos gasto, que un enamorado. Désele una sonrisa, una mirada de la mujer que adora, y ya se la tendrá más orgullosa que Hernán-Cortés con sus conquistas.

Pero volviendo á mi cuento, han de saber Vds., lectores míos, que yo tengo unos gustos muy campestres, es decir, que no tengo más que hallarme lejos del ruido de la ciudad, junto á la fuente clara, y el grupo de los álamos aquí, y la pradera por allí, para soñar esa felicidad patriarcal de que nos hablan los poetas bucólicos, y encantarme como un bobo ¡solo que me aburre la soledad! Y es que en el mundo no hay gusto cumplido, ni cosa que no tenga su pero.

De manera, caros lectores, que ya tenemos aquí dos grandes elementos para que yo sea feliz: gozar un día de campo, y tener amable, gratisima compañía, ¡oh amistad! ¡Oh dulce lazo de los hombres! ¡Cuántos consuelos no te debo en medio de los azares de mi vida, ingrata y solitaria!

Después de esto, que podemos llamar proemio, entro en materia. Era un día sereno y tranquilo. La fiesta estaba preparada, el punto elegido, la gente dispuesta: chascó el auriga la fusta, y en dos saltos nos hallamos mas allá de Canillejas.

¡Qué bellas compañeras! ¡Y qué animación en los rostros! ¡Y qué alegría en las almas! Gozaban los padres con el contento de las niñas, y éstas alegres sonreían con la proximidad de los placeres inocentes que veían en perspectiva.

Supongo que nadie querrá saber quiénes eran mis lindas compañeras; así que me limitaré únicamente á decirlos, que eran cinco á cual más bellas.

Con semejante sociedad, ¡quién no se considera feliz! Llegamos á la *Alameda* del señor duque de Osuna: aquello era un paraíso: faltaban únicamente los ángeles, pero iban en nuestros carruajes. A su llegada todo el campo se cubrió de flores, y las aves nos saludaron con sus cantos.

Hermoso es *El capricho*: las lenguas de la fama lo pregonan como una de las más hermosas posesiones que hay en España, y la única que puede competir con los sitios reales: desde el *Ramal* al *Palacio*, desde el *Parterre* al *Casino*, estanques, lago, islotes, bosquetes y planteles, todo es hermoso: mas aquel día resaltaban con más brillo, y era que reflejaban la magia y la hermosura y el contento de mis lindas amigas.

Inútil creo decir, porque harto se comprende, que todo el día fué una fiesta continuada, pues todo nos brindaba al placer. Cuando la tarde avanzaba y el día estaba á punto de terminar, entonces recorrimos la posesión.

El palacio, el templete, construido en honor de la Excm. señora doña Maria Josefa Pimentel, condesa-duquesa de Benavente, fundadora de la *Alameda*, y el lago, son tres cosas dignas de notarse. Está el templete formado por cuatro columnas jónicas, que sostienen una semicúpula encasetonada, en cuyo cuadro se halla el busto en bronce de la mencionada señora duquesa; y se dá ascenso á él por siete escalinatas, interrumpidas por ocho zócalos, sobre los cuales descansan otras

tantas sirenas vaciadas en plomo; una gradería semicircular completa el basamento, que termina en un zócalo general con dos estatuas. *El palacio* es de cuatro lados: su cuerpo bajo por la fachada principal que dá al jardín, sirve de zócalo á un gracioso peristilo, con ocho columnas corintias, cuyo cornisamento está coronado de un antepecho de hierro de dibujo con pedestales de piedra, que sostienen diez niños con diferentes atributos. Este peristilo comunica con el jardín por una magnífica escalera de dos ramales, con antepecho y pasamano; está adornado de bustos de mármol, y debajo se halla un grupo de Laocoonte. Por último, el *lago* tiene á sus márgenes una choza sobre el agua para custodiar los barcos, una casa de cañas para embarcadero y un dique; un puente elegantísimo de hierro une sus dos orillas, y dos islotes llenos de árboles quedan en su centro.

Nunca podré olvidar aquel día tan feliz. Terminada de ver la posesión, volvimos á los coches, y luego á Madrid, después de haber ofrecido á las damas algunas flores y algun otro objeto, fué para mí el recuerdo de las delicias del día. Impreso está en mi corazón, y grabado lo tengo en una hoja de laurel allí cogida, inocente capricho que no tuve dificultad en satisfacer, como quizá algun otro de mis amigos.

Todo pasó como un sueño; pero he sido feliz todo un día. ¡Ah! ¡cuántos vendrán de amargura en pos! Dios lo sabe.

J. P. DE GUZMAN.

LA AMAPOLA.

Entre las verdes espigas
Que dora el brillante sol,
Una sencilla amapola
Su fresco cáliz abrió.

Formábanle recogidas
Hojas de blanco color,
Y humilde cedia al soplo
De la ráfaga veloz.

No lejos de ella, un espino
Mostraba aromosa flor
Entre las punzantes ramas
de su verde pabellón.

Vió nacer á la amapola,
Y en cuanto brotar la vió,
Bajóse el lascivo arbusto
Por contemplarla mejor.

Y no sé qué en su lenguaje
La dijo con torpe voz,
Que al escuchar al espino
La amapola enrojeció.

Desde entonces muestra el cáliz
Tinto en hermoso arrebol.
Niñas, admirad en ella
La hermosura del pudor.

MIGUEL RAMOS Y CARRION.

VICHY.

La importancia de esta estación termal, y el interés particular de actualidad que ofrece en este momento, nos obligan á ofrecer al público un artículo y un grabado que creemos que aquel admitirá con gusto.

Entre los manantiales, á los cuales debe Vichy su extraordinaria reputación, existe uno que se debilita y desaparece por intervalos irregulares. Brota durante muchas horas prodigando la salud á los enfermos ávidos, y de pronto desaparece sin que nadie hasta hoy haya podido explicarse la causa. Muchas veces se ha creído perdido para siempre, pero por fortuna, sordas detonaciones subterráneas han venido á anunciar su vuelta, y con ella á traer la alegría á los enfermos.

Vichy es un pueblo de 4.000 habitantes próximamente, sombrío y triste durante la estación del invierno, pero desde el 15 de mayo al 15 de setiembre adquiere una nueva existencia, se transforma, y en su recinto todo es movimiento y vida. Los extranjeros de todas las partes del mundo acuden en gran número á buscar el benéfico influjo de sus aguas termales, y puede decirse sin exageración, que pasan de 25.000 personas las que se hospedan en el pueblo. Generalmente es el sitio donde se dan cita todos los años las

gentes de la alta sociedad parisiense, madrileña, rusa, etc.

Los magníficos almacenes de la calle de Montarel, muestran en sus resplandecientes escaparates todas las maravillas de la industria. Las más elegantes *toilettes* lucen sus encantos bajo las frescas alamedas del parque. Magníficos conciertos tienen lugar todas las noches, dirigidos por la batuta mágica de Bernardin, ese digno sucesor de Straus. En las calles, perfectamente cuidadas y enarenadas, ruedan magníficos trenes y piafan soberbios caballos de raza árabe. Los bailes, los conciertos, las serenatas, las representaciones dramáticas se suceden sin interrupción durante algunos meses, pero... llega un día en que el ruido cesa, el movimiento desaparece, la vida se estingue, y como herida por la varita de un mago, la ciudad vuelve á caer bruscamente en su tranquilo sueño.

Vichy se ha hecho últimamente más de moda „un desde que el emperador Napoleon va todos los años á tomar las aguas, y su presencia y su estancia en aquella localidad ha traído consigo importantes mejoras.

La fama de sus aguas salúferas se remonta á los tiempos mas antiguos. Los médicos de la Edad media, como los de hoy, recomendaban el uso de aquellas aguas como beneficiosas contra la epatitis, la gastritis, la gastro-enteritis, la gota, los cólicos nefríticos, la disenteria, la inercia de las funciones abdominales, etc., etc., etc., y eso que entonces la química no había adelantado lo bastante para descubrir en las aguas de Vichy, las combinaciones del ácido carbónico con la sosa, la magnesia, el hierro, la potasa, etc.; el termómetro no se había inventado tampoco para medir exactamente la temperatura de sus veneros, que varían de catorce á cuarenta y cuatro grados centígrados.

Lo que impidió por espacio de muchos años la prosperidad de Vichy, fué la dificultad de las comunicaciones, y además era una población triste y sin movimiento, pero poco á poco se ha ido embelleciendo, y en el día es una preciosa ciudad.

Nuevos progresos se realizan todos los días, desde que Napoleon la favorece todos los años con su presencia. Por un decreto de 27 de julio de 1862, se ordenó la construcción de muchos edificios públicos, y la ejecución inmediata de varios embellecimientos.

En la parroquia de Blaise, donde el emperador oye generalmente misa, se ha construido últimamente una basilica romana, colocada bajo la invocación de Santa Eugenia.

Vichy no cuenta menos de doce manantiales minerales, pero hasta hace poco carecía de agua dulce; las antiguas fuentes de las Tres Cornetas y de la calle de Nimes, no proporcionaban suficiente cantidad para el consumo y ha sido preciso establecer una máquina hidráulica que conduzca el agua del río en tal abundancia, que hoy se distribuye por millares de litros á los cuatro barrios de la ciudad.

Las transformaciones de Vichy contrastan mucho con la inmovilidad de los pueblos vecinos. Cuset, que es la cabeza de partido, conserva siempre su fisonomía gótica, y continúa siendo la villa de Carlos VII y de Luis XI; Chateldon, Busset, el Castillo de Raudan, Billy ofrecen igualmente curiosas antigüedades dignas de ser vistas y admiradas. «Es, ha dicho con mucha razón Alberic Second, un pedazo de la Suiza trasplantado allí como por encanto.» ¿Queréis caminos escarpados, y grutas profundas? dirigíos á Ardoisiere y deteneos al pasar, al pié de la cascada de *Goure-Saillant*. Nosotros concebimos que se vaya á Vichy en busca de la salud cuando se está enfermo, pero tampoco dejamos de comprender que debe irse también aun estando sano y bueno para disfrutar de los goces y placer que aquel sitio proporciona durante la temporada de baños.

MEMORIAS DE UN LOCO

POR

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

(Continuacion.)

XVI

Todavía estoy en Barcelona.

La causa que aquí me detiene me hace vivir alarmado de algunos días á esta parte.

He escrito un drama que ha sido admitido y puesto en ensayo inmediatamente.

Va á ejecutarse de un día á otro.

Yo deseo que se ejecute y lo temo al mismo tiempo. Muchas veces me pregunto á mí mismo si tengo talento y no sé qué contestarme.

Un buen éxito, los aplausos, la gloria, mi nombre repetido por las cien bocas de la prensa, esto me haría morir de dicha.

Pero una decepción, el descrédito, el ridículo, las mordaces críticas... ¡sería horrible!

Los ecos de mi gloria llegando á sus oídos me harían dichoso.

Pero el rumor de mi derrota me mataría.

No me atrevo á luchar.

No me atrevo á esponer mi nombre.

Temo arriesgar mi felicidad.

El drama se ejecutará, pero no llevará mi firma.

La gloria ó el ridículo caerán sobre un pseudónimo.

No por eso dejarán de resonar en mi corazón.

Estoy decidido.

Partiré para Valencia, y sabré desde allí el éxito de mi drama.

Partiré... me olvido de que tengo aun pendientes en Barcelona dos asuntos, de los cuales no puedo encargarme á nadie.

Se trata de dos desafíos.

Yo no debía batirme con nadie, pero el falso honor que avasalla al hombre que vive en sociedad, me obliga á ello.

¡Batirme yo, y cuando voy á verla!

Es absurdo.

Mis adversarios acaso han gozado ya de la dicha, ó quizá son desgraciados, y en uno ú otro caso pueden arriesgar impunemente su vida.

Yo voy en busca de la felicidad, mi corazón me dice que voy á encontrarla, y yo no quiero morir ahora.

¡Morir sin verla!

¡Morir sin haberla dicho que la amo!

Sin embargo, es preciso.

De un momento á otro aguardo á mis padrinos, que habrán fijado ya las condiciones.

XVII.

¡Qué día tan lleno de emociones!

Uno de mis desafíos terminó ayer pacíficamente.

En el otro ha corrido esta mañana la sangre de mi adversario.

Sin duda era menos diestro que yo, que no lo soy mucho.

Su herida es leve.

Mañana parto para Valencia.

Voy á verla.

XVIII.

Abril de 1858.

Valencia, jardín de España, país donde al presente moran todas mis ilusiones, yo te saludo.

Ya vuelvo á tí con el corazón henchido de amor y de esperanzas.

La primavera empieza ya á pintar tus campos de matizadas flores.

Tu privilegiado suelo está cubierto de verdura.

Tus árboles empiezan á mostrar los ricos y abundantes frutos, bajo cuyo peso deben doblarse dentro de poco.

Al volver á tí y hallarte tan hermosa, me pareces una madre que para recibirme, cual nuevo hijo pródiigo, viste sus mejores galas.

Acaso no eres tan hermosa como yo te veo, pero... ¿qué país no es bello si se albergan en él nuestras ilusiones?

En tu recinto se halla mi madre á quien abrazaré dentro de poco.

Además está ella.

¡Bendita seas, Valencia, que tales dulzuras guardas para el pobre viajero!

XIX.

Desde ayer estoy en la ciudad del Cid.

Mi madre me ha recibido... como reciben á sus hijos todas las madres, con los brazos abiertos y las lágrimas en los ojos.

Al estrecharla entre mis brazos no he podido menos de olvidar por un momento mis quimeras y abandonarme sin reserva á la felicidad que sentía en mi alma.

Con ese tacto admirable de todas las madres, nada me preguntó, nada me dijo sobre lo que pensaba hacer, ni sobre lo que había hecho.

Ocupada del presente, olvidó por un momento el pasado y dejó de pensar en el futuro.

Yo la agradezco su olvido; sí olvidó realmente por lo mucho que habla en favor de su corazón de madre,

si recordó y calló sin embargo, por lo que honra á su esquisita delicadeza de mujer.

De todos modos calló.

Yo fui quien abordó esta cuestion difícilísima.

Así como ella debía callar yo tenía la obligación de abordarla.

Declaré terminantemente que la literatura sería en adelante mi única carrera.

Mi madre me hizo algunas objeciones.

El porvenir de un literato la parecía muy incierto. Yo fui inflexible.

Hablé, peroré con una elocuencia de que no me creía capaz, y acabé por convencerla.

Obtuve su aprobación y decidí dedicar desde entonces todos mis afanes, al logro de mi objeto.

Sé que mi familia desaprobará mi determinacion.

¡Bah! que me importa la aprobación de los demás, si tengo la de mi madre, y sobre todo si sé por qué hago las cosas.

Ellos me acusarán de una inconsecuencia más.

Yo me reiré de sus acusaciones.

Adelante.

XX.

Mayo de 1858.

Anoche estuve en un baile.

Ella estaba allí.

La fiesta no pudo ser mas magnífica; para mí, sobre todo, era inmejorable.

El aspecto de un baile produce siempre una especie de embriaguez inesplicable.

Aquellos salones alumbrados profusamente, y poblados de mujeres hermosas, elegantes y ricamente vestidas, en cuyos labios se vé pintada una eterna risa de placer.

Aquellas miradas llenas de esperanzas.

Las dulces palabras entrecortadas, que se sorprenden del uno al otro lado.

Las armonías de la orquesta.

La agitacion misma del baile.

Las parejas que se lanzan como embriagadas en el torbellino de un arrebatado wals de Weber, que es el único hombre que ha comprendido el wals.

Todo predispone al amor, todo á la felicidad, todo á la alegría.

He visto muy pocos hombres que permanezcan allí indiferentes.

El que al entrar es ya feliz, acaba por enloquecer de dicha.

El que es desgraciado, no tarda en olvidar completamente la causa de sus pesares, eternos enemigos que solo allí le dejan un momento de reposo.

En cuanto á mí, yo sé si era feliz ó desgraciado.

El temor y la esperanza reinaban en mi corazón por intervalos sucesivos.

Me acerqué á ella.

La invité á bailar.

Aceptó.

Y bien pronto atravesó el salón apoyada en mi brazo, y radiante como siempre de hermosura, mientras yo no podía darme cuenta de la dicha que embargaba mis sentidos.

La orquesta preludió... yo no sé que cosa.

Sus notas discordantes en un principio, fueron progresivamente agrupándose para formar un todo.

Empezó el baile.

Las parejas empezaron á girar rápidamente sobre sí mismas.

Y... nosotros nos confundimos en su revuelto torbellino.

Y... yo giraba arrastrado por ella, y ¡rogaba á Dios que nunca terminase aquella especie de vértigo.

Al cabo de algunos minutos hicimos un descanso.

En los descansos es preciso hablar á la que nos honra aceptando nuestro brazo, y yo no podía hablarla más que de una cosa, que al mismo tiempo me resistía á decirlo.

Ella fué la que entabló el diálogo hablándome de Barcelona.

Yo la contesté que me gustaba mucho, ¡pero que me alegraba de haber vuelto á Valencia.

Me habló de la carrera militar, y ¡casi la dije lo mismo.

Me preguntó por las catalanas, y tuve que contestarle que aunque hermosas, ninguna impresion habian hecho en mi alma.

—¿Tiene usted amores?—Me dijo entonces.

—No,—contesté lacónicamente.

—¿No ama usted á nadie?

—Adoro,—la repuse—con toda la sinceridad, con

todo el entusiasmo de que es capaz mi corazón.

—¿Ha recibido usted un desaire?

—Hubiera muerto.

—Entonces debe usted tener esperanza.

—¡Quién sabe!

—¡Oh! sí. Con constancia se logra todo;—me dijo con una sonrisa encantadora y fijando en los míos sus hermosos ojos garzos, como diciéndome:—espere usted. Le comprendo.

(Se concluirá.)

LOS MARINEROS.

El grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores, copia de un bellissimo cuadro de Curzon, representa una de esas escenas tan comunes en una taberna de un puerto de mar, al día siguiente de la llegada de un buque, ya sea mercante ya sea de guerra.

Todo en este cuadro es vida y animacion: los que ayer navegaban aun y luchaban con los peligros y las tempestades del mar, hoy aprovechan los momentos de descanso, y beben, fuman y bromean, olvidando por el momento sus peligros pasados y sus trabajos y privaciones futuras.

Dentro de algunas horas el cañon volverá á llamarlos á bordo, y todos esos alegres marinos abandonarán nuevamente la tierra y los placeres que en ella se disfrutan, para encerrarse en el buque que los llevará tal vez muy lejos de su patria á luchar con las agitas ondas del Océano, y á afrontar nuevos peligros y privaciones.

NUEVA ESTACION DEL FERRO-CARRIL DEL NORTE, EN PARIS,

INAUGURADA EL 8 DE ABRIL DE 1864.

La nueva estacion del Norte, en Paris, es una de las obras más grandiosas y gigantescas, que se han llevado á cabo en el vecino imperio de algunos años á esta parte.

No hace muchos días, un empleado de aquella oficina decia á un compatriota nuestro, que el local destinado á recibir los equipajes amenazaba ser demasiado reducido, y sin embargo, más de 30.000 metros de terreno forman su superficie.

La decoracion general del monumento que representa nuestro grabado es magnífica, vista de frente; pero tiene la desgracia de asemejarse á una decoracion pobre, vista de costado, porque forma una enorme moldura de órdenes y de estátuas sobre una superficie plana, que en razon á su altura y poca estension, la da un carácter mezquino. En una palabra, le falta tal vez un poco de solidez y de movimiento.

Mr. Hitortt es, sin embargo, un hábil arquitecto, al cual se deben los Circos de los Campos Eliseos, el de la Emperatriz y la iglesia de San Vicente de Paul, en Paris.

Las numerosas estátuas que decoran esta rica fachada representan á Lóndres, Viena, Berlin, Colonia, Bruselas, San Petersburgo, Amsterdam, Francfort, etc.

La parte central se halla ocupada por nueve vias férreas y diez muelles, amparadas en su encabezamiento con una galería cubierta de cristales. A la izquierda se encuentran las salas de espera para los viajeros, y á la derecha las de llegada. Esta inmensa nave mide setenta metros de crucero.

Mucho celebráramos que la empresa del ferrocarril del Norte, en España, hiciese tambien algun sacrificio, si no tan colosal, al ménos en más pequeña escala, para que la estacion de Madrid fuera digna de la corte, y los viajeros hallaran alguna comodidad, pues la que hoy existe, á todo se asemeja menos á lo que se halla destinada.

EL NUEVO REY DE BAVIERA.

Luis, hijo de Maximiliano II, rey de Baviera, subió al trono hará próximamente un año. Nació el día 25 de agosto de 1845, y tiene por tanto 19 años. Es actualmente el soberano más joven de Europa.

Fué su madre Federica-Francisca-Augusta-Maria-Hedwige de Rusia.

Este joven príncipe forma el número sesenta y cinco de los soberanos de Baviera, de los cuales ocho fueron franceses, á saber: Carlo-Magno, Luis I el Bondadoso, Luis II el Germánico, Carloman, Luis III, Carlos el Gordo, Arnaldo de Carinthia y Luis IV el Niño.

Buenos recuerdos son estos, y sin embargo, tal vez influyeron sobre las heroicas falanges bárbaras, que fueron los últimos aliados del emperador Napoleon I. Sabido es, que fué este quien trasformó en corona real la corona de los electores de Baviera.

En 1806, Maximiliano-José, elector de Baviera, subió al nuevo trono con el título de Maximiliano I.

El abuelo del joven rey fué Luis I, poeta notable, amigo de las letras y las artes, y que abdicó la corona para entregarse con toda libertad á su ilustrada afición. El nieto hoy disfruta del cariño y la consideracion de su pueblo, por las altas cualidades que le adornan y su carácter en extremo dulce y bondadoso.



EL REY DE BAVIERA.